

El Reloj de la Ciudad de México

LIZETH CAMILA MEDINA TARIN



En una apacible mañana de 1905, el joven Mateo contempla desde su balcón el despertar de la Ciudad de México. Las calles de adoquines brillan con la suave luz del amanecer, mientras los faroles de gas se apagan lentamente. El aire lleva consigo el aroma del café recién hecho y el pan dulce que sale de las panaderías tradicionales.



Mateo camina decidido por el Paseo de la Reforma, admirando las imponentes avenidas inspiradas en los Campos Elíseos de París. A su alrededor, elegantes carruajes tirados por caballos comparten el camino con los primeros automóviles modernos. Los árboles recién podados enmarcan el horizonte donde la ciudad comienza a transformarse.



El bullicio del centro histórico envuelve a Mateo cuando llega a la emblemática Plaza de la Constitución. Los voceadores pregonan los diarios matutinos anunciando los avances tecnológicos del presidente Díaz. Entre la multitud, damas con vestidos de encaje y sombrillas elegantes caminan junto a caballeros con sombrero de copa.



Trabajando en el taller de relojería de su abuelo, Mateo aprende el arte paciente de ajustar engranajes dorados. Cada tic-tac del taller marca el ritmo de una época que avanza inexorablemente hacia el futuro. Las paredes están cubiertas de complejos mecanismos y herramientas heredadas de generación en generación.



Por la tarde, Mateo se acerca a las obras de construcción del imponente Palacio de Bellas Artes. Los obreros y arquitectos trabajan sin descanso esculpiendo el mármol blanco que brillará bajo el sol mexicano. La grandiosidad de este nuevo monumento refleja los sueños de modernidad de todo un país.



El sonido alegre de la campana anuncia la llegada del tranvía eléctrico a la esquina. Mateo sube apresuradamente al vagón de madera pulida, pagando su pasaje con una moneda reluciente de plata. Desde la ventanilla, observa cómo los barrios coloniales se mezclan con las nuevas colonias elegantes.



Al caer la tarde, la Alameda Central se ilumina con las nuevas lámparas eléctricas que maravillan a los transeúntes. Las familias pasean alegremente mientras la música de una banda militar resuena en el kiosco morisco. El ambiente está lleno de una refinada alegría que define a la alta sociedad porfiriana.



Mateo se sienta en una banca de piedra para dibujar en su libreta de cuero los detalles arquitectónicos que tanto le fascinan. Su sueño es convertirse en un gran ingeniero que ayude a construir el México del mañana. La luz dorada del atardecer ilumina sus trazos llenos de esperanza y talento.



La noche cae sobre la capital, revelando un cielo despejado salpicado de estrellas sobre la imponente silueta de la Catedral Metropolitana. Los destellos de la luz eléctrica compiten con la suave luna, creando una estampa mágica y cosmopolita. La ciudad descansa brevemente antes de un nuevo día de progreso.



De regreso en su hogar, Mateo guarda su libreta junto al viejo reloj de bolsillo de su familia. Sabe que forma parte de una generación privilegiada que vive en la encrucijada entre la tradición y la modernidad. Con una sonrisa, apaga la vela y sueña con los grandes retos que le esperan al amanecer.